

El matrero bala U

Miguel Scaquero.

—Sigue juerte la cosa, Jérico. Oh vaina; tengo miedillo porque si llueve muy muy juerte es capaz que unos frijoles que regué tempraneros se queman todos.

—Ya están grandecillos?.

—Sí, como una cuarta tienen. Y es que tanta a agua es mala. Yo soy viejo y le digo que pocas veces he visto un mecatzo como esté...

La lluvia continúa interminable. Gruesos chorros caen del techo al canal que se ha formado de tanto insitir el agua sobre el terreno. Por la calle son verdaderas correntadas las que arrastran la tierra suelta, convirtiendo el paso en un enorme cauce de chocolate. A lo lejos apenas se dibujan los cerros, a través de la cortina blanca que tienden las lluvias. Mientras tanto, en el corredor los hombre siguen conversando ininterrumpidamente, aunque tengan que levantar la voz para contrarrestar el ruido de las latas que sufren un tremendo aporreo acuático. Don Ejérico y don Nando están hacia el centro del enorme escaño; en las esquinas, con las bolsas dentro de los bolsillos, y mirando sin fijar la vista en nada, los hijos varones se han acomodado para contemplar aquel despliegue de lluvia. En la cocina el fuego canta alegremente, mientras doña Lela y las muchachas preparan la comida. De pronto la buena señora se le acerca a don Ejérico y le da un alegronazo, porque el hombre ya estaba viendo candelillas del hambre que la lluvia le despertó.

—Don Ejérico, aquí le traigo una tortillita de queso y este jarro de café, pa que apunte la tripa mientras llega la comida.

—Ave María, qué rico! Parece una perreca de las que hacía mamá.

—Ojalá no me tenga asco.

—No, cómo se le ocurre? Ah, por lo del cucar... Si eso le pasa a cualquiera.

—Idiay, tréme a yo también, Lela, que estoy con filo, como navaja de barba.

—Bueno, ya viene. Es que ló están enfriando porque está muy caliente.

—Hijo, mire qué alimal se paró en el palo de aguacate. Qué será?

—Alguna pava...? Idiay, pero hacía años no llegaban pavas por aquí... Qué raro.

—Lástima que haigan matao toos los alimales y que ya no quede ni pa conocelos.

—Sí. Usté no es cierto que tenía un bala U. medio chochillo por aí?

—Sí, pero lo vendí. Esos rifles solo pa jalase tortas sirven. Viera una vez cuando compré ese riflesillo y no lo conocía. No ve que tenía el cañón como torció y puntié un conejo y a caso no maté un ternero de Célimo Barrantes? Viera en las que me vide por ese bandido rifle. El hombre estaba bravísimo porque no quería la plata sino el ternero, porque era pa toro que lo tenía. 'esde entonces yo dije: pa lo que hay que cojer aquí de alimales en el monte, mejor me quedo con las manos limpias.

—De veras que aquí ya ni ardillas se encuentran. Han acabao con todo.

—Con todo. Hay demonio mocoso que anda todo el tiempo con esos rifles y como son tan baratos los tiros le disparan a cuanta cosa encuentran. Hasta las pobres lagartijas ya no se ven porque también las matan.

—Falta de concencia, porque yo le digo, está bien matar en caso de necesidad, pa aprovechar la carne, pero mucha gente mata nada más porque les gusta y pa andar rajando. Esos q' puntean por sólo el gusto —como unos viejos mamulones que andan allí por la carretera interamericana con rifles que dan miedo —yo los he visto cuando voa a San Isidro—; pos que andan con unos semerendos rifles y con zapatos hasta la rodilla como si anduvieran cogiendo elefantes, pos esos viejos yo los trepaba a los palos y los punteaba uno por uno como a las pobrecitas palomas que andan matando. Ya ni palomas quedan, con decile todo...

—Tiene razón. Pero idiay, si los puntea a los hombres se pone pior que ellos, porque se encauza...

—Si es por hablar; qué va'a hacer uno. Pero yo le digo, dá cólera ver eso.

—Usté, a propósito de historias, no supo lo que le pasó al pobre Juanico Otárola en la Revolución?

—Bueno, yo lo conocía y me dolió mucho cuando lo mataron, pero asina como saber exactamente cómo le pasó la vaina, eso no. Dicen que andaba con la tropa y que en un 'escuido se lo apiaron, porque asomó la zoncha por encima del palo en que estaba escondido...

—Eso es lo que dijieron, pero la verdá es otra. Andaba perdido por el lao de La Palma, allá en San Isidro. Dicen que —por eso me acordé— el rifle que traiba era un bala U que le 'bian dao quien sabe onde. Pos estaba la revoluta en lo mejor y él andaba extraviado de sus compañeros. En esos días los de uno y otro lao estaban avisorias y no era raro encontrarse grupillos perdidos que había que asuntale pa averiguar de qué lao eran. Por cierto que el que me contó este cuento, don Cirilo, dice que en una ocasión ellos iban por un potrero cuando vieron que iban tres viejos del otro lado corriendo casi en dirección a onde ellos estaban. "Pobrecitos —dicen que dijieron— podíamos puntialos y echalos al saco, pero es gente que viene quién sabe de onde y a lo mejor tienen familia. Mejor dejémoslos que se vayan". Pos dicen que parecían venaos brincándose las cercas onde vieron que nada les hacían.

—Así es cómo debe ser un cristiano.

—Claro, ah no, pero hay gente de malos sentimientos. Y a Juanico por eso le pasó lo que le pasó, por tener malos sentimientos y por andar con un chocho bala U. Fíjese que dicen que onde el andaba extraviado, cuando iba caminando va viendo que 'bían tres de los del otro lao, cad' uno con su rifle. "Esta es la de yo", seguro pensó el hombre, y como no estaban viéndolo, cogió el bala U y los encañonó. "Manos arriba todos!, gritó, No se muevan. Boten los rifles". Los otros del susto botaron los rifles más ligero que corriendo y se pusieron con las manos arriba, como había dicho Juanico. Pos va el juanvainas y en lugar de juntar los rifles y llevarse los prisioneros pa alguna parte, no va apuntando y le jaló el gatillo al bala U, pa matalos, ah de creer? Pero vea lo que es Dios...

—Pegó en otro lao el tiro?

—No, que no le dio juego el bala U. Y empieza martillar, y nada. Claro, los otros onde vieron eso, se agacharon, juntaron otra vez los rifles y... y pum! Se apiaron al pobre Juanico Otárola, que por malo y por juanvainas se jue p'al otro potrero...

—Vea usté las que pasan. No si esos riflesillos son muy matreros. Pero está bueno —no es alegrase del mal ajeno— pero una persona con esos sentimientos tiene que pasale vainas...

—Sí, asines. Bueno, voy a poner este jarrito...

—No, CHELA, venga lleve este jarro pa la cocina... Quiere otro poquito de café?

—Mejor no; es que con esa tortilla quedé repletico...

—Bueno, orita está la comida, pa que coma con nosotros.

—Se va'a molestar hoy también?

—Si no es ninguna...

Continuará...